Eric Hobsbawm

La crisis del capitalismo: una perspectiva histórica

Desde hace tiempo, el hecho de que las operaciones de la economía capitalista generan diversos tipos de trastornos periódicos, que le imprimen un ritmo de violentas sacudidas, ha sido de todos conocido. El más conocido de estos ritmos es el llamado ciclo de comercio, a saber, la recesión, descubierto por economistas socialistas y radicales desde la década de 1830, y analizado por los ortodoxos desde 1860. Ha habido veces en que ha surgido con mayor dramatismo que otras; algunas veces —y especialmente en los años posteriores a la segunda guerra mundial— apenas si se ha dejado sentir, al grado de que mucha gente llegó a dudar seriamente de que siguiera funcionando. Ciertamente su importancia ha decrecido considerablemente y ahora se encuentra menos visible que nunca en la historia del capitalismo. Sin embargo, a pesar de que algunas de estas recesiones tuvieron un impacto catastrófico tanto en los negocios como en sectores de clases diferentes, salvo una excepción ninguna de ellas por sí sola parece haber colocado al sistema capitalista al borde del riesgo a nivel mundial, o siquiera en un solo país. Esa excepción, claro está, es la recesión de 1929 a 1933.

FLUCTUACIONES PERIÓDICAS

Una vez que se reconoció el ritmo del ciclo comercial, las recesiones, durante casi un siglo, fueron consideradas como interrupciones inevitables aunque temporales, análogas a los ciclos de cosechas, menos predecibles pero ciertamente periódicos, que dominaban la vida de las sociedades preindustriales. El capitalismo vivió con ellos, a través de ellos y finalmente sobrevivió a ellos. Sin embargo, quizás sea menos conocido el hecho de que también parece haber un tipo de fluctuaciones periódicas más largas en el curso que sigue el capitalismo, y que el economista ruso Kondratiev trató de analizar en las décadas de los años veinte y que aún lleva su nombre. Periodos de veinte a treinta años aproximadamente —la duración exacta no tiene mayor importancia— parecen alternarse, marcados hasta ahora por los diferentes movimientos de los precios. Las deflaciones sucedieron a las inflaciones durante periodos bastante largos. Se puede detectar también una tendencia general de este tipo —de mayor duración— hacia la baja de precios desde principios del siglo XIX, el fin de las guerras napoleónicas, hasta casi fin de siglo, y una tendencia general a la alza de pre-

cios, tendencia a largo plazo que conocemos demasiado bien, desde principios del siglo XX.

Los periodos de prosperidad y de expansión capitalista han alternado con periodos de trastornos económicos y, como veremos, con periodos de trastornos políticos y sociales. Desde luego, estoy pensando en términos de los hombres de negocios. Lo que ocurría con el común de los trabajadores dependía de otros factores, indudablemente conectados de manera que algunos periodos de grandes dificultades en el mundo de los negocios podían presenciar mejoras importantes en los niveles de vida, y lo contrario podía ocurrir durante periodos de prosperidad. Pero no nos apartemos del tema. Desde el principio de la revolución industrial hasta el final de las guerras napoleónicas hubo un periodo semejante de tendencia a largo plazo. Fue sucedido —hasta mediados o fines de los años 1840— por un periodo de penurias, aunque con un rápido crecimiento económico, seguido a su vez por la edad de oro de mediados del siglo XIX, el momento culminante de la economía capitalista, liberal. Desde 1873 hasta casi fines del siglo, hubo un periodo de dificultades que los observadores del mundo de los negocios de aquella época, así como algunos historiadores de la economía, llamaron la "Gran Depresión", aunque desde luego tenía bien poca semejanza con la Gran Depresión de 1930, que es la que nosotros conocemos con ese nombre. Le siguió otro periodo de auge prolongado que duró hasta fines de la primera guerra mundial; a partir de entonces se sucedieron los años de depresión entre las dos guerras, que no terminarían realmente sino hasta después de la segunda guerra mundial; y finalmente, el más grande de todos los auges globales, en las décadas de los 1950, 1960 y principios de los setenta, alcanzando su culminación en 1973, hasta donde podemos ver.

Parece que ahora hemos entrado en otro periodo de dificultades económicas generales. No tengo particular interés en recalcar la periodicidad de estas fluctuaciones, aunque grosso modo sí permiten ciertas predicciones. Lo que deseo subrayar es que cada uno de estos periodos conflictivos del pasado fue, de alguna manera, el resultado de los éxitos del periodo anterior. Cada auge creó las condiciones que, como ahora vemos, inevitablemente conducirían a dificultades y trastornos subsecuentes. Pero también debo señalar que, hasta el día de hoy, cada uno de estos periodos de conflicto provocó cambios en el interior del sistema capitalista que a su vez ofrecieron soluciones a los problemas previamente suscitados, creando así las condiciones para el siguiente auge del siglo.

Lo que quiero señalar ahora es que los momentos en que podía cuestionarse la viabilidad de todo el sistema capitalista han surgido precisamente durante estos periodos de conflicto prolongado: entre 1815 y 1848, entre 1873 y 1896 y entre 1917 y 1948. Es durante estos periodos cuando se puede hablar de crisis del capitalismo.

TIPOS DE CONFLICTOS POLÍTICOS Y SOCIALES

Hasta ahora he hablado en términos que parecieran exclusivamente económicos, pero desde luego no estamos hablando del mecanismo económico aislado, ni siquiera a nivel mundial; estamos hablando de sociedades divididas en clases y otros grupos sociales, organizadas en un sistema y una jerarquía de Estados con formas particulares de instituciones políticas. Más aún, a nosotros nos interesa no solamente la interacción dentro del sistema internacional, sino cada uno de ellos en una determinada fase de la historia. Pues incluso si a partir de la revolución industrial se puede hablar de un mundo dominado por el capitalismo, no se puede hablar todavía —ni de hecho nunca— de un mundo capitalista uniforme y homogéneo. El capitalismo, o la sociedad burguesa, capturó progresivamente el mundo, transformó en diferentes momentos a los diferentes sectores que se encontraban en diversas fases de su propio desarrollo y, más aún, progresó y sigue progresando a un ritmo desigual. Esto puede decirse con certeza de los países pobres del sistema capitalista y de los países occidentales llamados desarrollados o industrializados y más tarde de Japón. Estos datos son conocidos. La revolución industrial antes de 1848 se confinaba virtualmente a la Gran Bretaña, Bélgica y algunos puntos de Europa occidental y de las costas europeas. La revolución industrial en Alemania y en la mayor parte de Estados Unidos tuvo lugar después de 1848: en los países escandinavos todavía más tarde, en Rusia a partir de 1890, etcétera.

Por lo tanto, estamos frente a un proceso histórico global, que causa por lo menos tres tipos de conflictos sociales y políticos además de las contradicciones económicas internas del desarrollo capitalista, o más bien en combinación con ella, y complicado todavía más por la desigualdad en la transformación y el ritmo en las diversas partes del mun-

do. El primero de estos conflictos es el desarrollo de una clase trabajadora y sus movimientos en conflicto con los capitalistas, en los países desarrollados y en vías de desarrollo. El segundo es la resistencia y la rebelión creciente del mundo dependiente, colonial y semicolonial en contra de la dominación o conquista ejercida por un puñado de países desarrollados. Quizá se podría añadir otra contradicción más en esta etapa —aunque tiende a ser de un tipo ligeramente diferente—, la resistencia de los estratos precapitalistas, tales como los campesinos y la pequeña burguesía, en los países desarrollados o semiperiféricos, al proceso de desarrollo capitalista que destruyó su economía tradicional y su orden social.

Y finalmente se da el conflicto entre los diversos Estados medulares del capitalismo, o sea un conflicto internacional, además de las otras complicaciones producidas por la rivalidad en la contienda internacional que son el tema de interés fundamental del trabajo de Bernal y de otros autores en favor de la paz mundial.

LA ERA DEL PODER BRITÁNICO

No es mi intención insinuar que estos tres conflictos agotan el análisis, pero en aras de la simplificación concentrémonos en ellos. Hasta el último cuarto del siglo XIX, ninguno de estos tres conflictos capitales podía llegar a ser agudo a escala mundial; la industrialización apenas si comenzaba a producir proletariados masivos, excepto en algunos lugares tales como Gran Bretaña. Más aún, con ciertas excepciones, el capitalismo apenas si empezaba a adueñarse del mundo subdesarrollado a partir de mediados del siglo XIX, y a ejercer ahí intensamente la inversión capitalista. Una porción muy pequeña del mundo estaba realmente colonizada, ocupada y gobernada desde el extranjero; las más importantes excepciones eran la India y lo que ahora es Indonesia. Y puesto que durante más de medio siglo no hubo más que una sola potencia industrial, un taller mundial y un comerciante mundial, una potencia con una política auténticamente global y con los medios para ejercerla —principalmente a través de una poderosa marina—, no había mayor perspectiva para un gran conflicto internacional tal como una guerra europea general o una guerra mundial. En la historia mundial, esta era, que va de la derrota de Napoleón hasta los años de 1870 —quizás hasta fines de siglo si se quiere—, puede describirse como la era del poder británico. Es el tipo de control mundial con el que Estados Unidos soñó desde 1941 y que pensó haber logrado en la década de los cincuenta y sesenta; pero la era británica duró poco más de medio siglo, quizás tres cuartos de siglo; lo que los norteamericanos llaman el "siglo americano" resultó tener una duración de poco más de veinte años. En todo caso, el momento en que el capitalismo mundial logró su éxito máximo, su éxito completo, confiable y seguro, fue comparativamente breve: a mediados de la época victoriana, que posiblemente podamos prolongar hasta fines del siglo XIX. En la historia este periodo es precedido y sucedido por dos épocas de revolución: la primera de 1776, fecha de la Revolución Americana, a 1848, alrededor de setenta años; la segunda, los aproximados setenta años a partir de la primera revolución rusa de 1905. Esta última época de revolución obviamente no ha pasado todavía. Regresaré a este punto más adelante, pero antes digamos una palabra sobre la primera época revolucionaria.

¿Por qué fue revolucionaria? Porque con una visión retrospectiva, resulta obvio que se trataba de una transición a la época del capitalismo moderno industrial, a la sociedad burguesa; y lo que la hizo revolucionaria fue no sólo el intento de romper las cadenas de los antiguos órdenes políticos y sociales que, según se creía, se interponían en su camino para la construcción de un sistema internacional adecuado para la expansión del capitalismo. Yo sugiero otros dos factores: primero, la movilización del pueblo que implicó esta transición revolucionaria; por lo cual algunas de sus fases han recibido el nombre de la era de la revolución democrática: los campesinos, artesanos, pequeños comerciantes, gente pobre, se incorporaron al drama histórico como protagonistas y no como simple multitud anónima. Segundo, las dificultades de desarrollo del propio capitalismo industrial, que aún se encontraba trabado por la estrechez del frente en el cual había irrumpido. Por lo tanto —no entraré en detalles— provocó problemas sociales de una agudeza desusada, enormes penurias para la clase trabajadora emergente y explotada, una masa de gente a la que en ese momento erradicaba mejor de lo que le encontraba trabajo, ni siquiera el trabajo a los modestos salarios entonces considerados como adecuados. También para los negocios creó dificultades. Todo esto hizo de los años 1830 y 1840 un periodo de crisis desusadamente persistentes y agudas; tanto así que muchos —incluso los mismos capitalistas— temían que la primera etapa de capitalismo industrial exitoso fuera tam-

bién la última. El espectro del comunismo recorría Europa.

Mirando hacia atrás, podemos ver que éste no fue el fin del capitalismo, sino lo que en la jerga de ahora se llamaría "problemas de dentición". Pero podemos considerarla con propiedad como la primera era de crisis capitalista general. El capitalismo salió de esta crisis en los años 1850, los años de los ferrocarriles, del hierro y del libre comercio, y sobre todo la era en que el mundo entero se abrió al desarrollo capitalista (lo que no necesariamente significó la industrialización), o a la explotación por parte de las potencias industriales desarrolladas y en vías de desarrollo.

EL AUGE DE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

El gigantesco y prolongado auge de mediados del siglo XIX no se basó en una nueva irrupción tecnológica; en gran parte utilizó, reconoció y desarrolló la primera revolución industrial, con el carbón como fuente de energía, el motor de vapor como la fuerza motriz y el hierro en vez del acero como la materia prima básica para los bienes de capital como la maquinaria, etcétera. Pero esta tecnología se usaba ahora a una escala internacional mucho más grande, incluyendo a los países que no tenían acceso a la industrialización, y también con el objeto de crear lo que ahora se llama una infraestructura en las zonas coloniales y semicoloniales subdesarrolladas: ferrocarriles, instalaciones portuarias, etcétera. Esto les permitía incorporarse, principalmente como proveedores de productos básicos, a la economía capitalista mundial.

De allí las tres consecuencias fundamentales de este auge: primero, al monopolio industrial mundial de Gran Bretaña lo remplazó lo que podría llamarse la oligarquía industrial mundial en manos de unas cuantas potencias industriales en competencia, entre las cuales Estados Unidos y Alemania rápidamente desplazaban a Gran Bretaña. Veremos que esta situación tiene ciertos paralelismos con la época actual. Mientras la tecnología y los métodos de la primera revolución industrial siguieron siendo básicos para la industrialización, el papel industrial de Gran Bretaña no disminuyó, pero eventualmente lo haría. Segundo, al hacer posible —a través de ferrocarriles, barcos, etcétera— un comercio económico de bienes a granel provenientes de zonas hasta entonces inaccesibles, se creó un grupo de exportadores potenciales en masa, de productos básicos que se especializaban generalmente en uno o dos productos —el trigo de Norteamérica y del sur de Rusia, el café de Latinoamérica, etcétera— dependientes del mundo industrial desarrollado para su salida y colocación. Cuando los exportadores a nivel masivo dejaron de ser potenciales y se convirtieron en una realidad, se produjo una inmensa perturbación en la agricultura, tanto en los países exportadores como en los importadores, así como el desarrollo de economías de exportación dependientes, de monocultivo, como las repúblicas bananeras y cafetaleras de América Latina. Pero una vez más esto sólo comenzó a suceder después del periodo de auge de la década de 1870 y de 1880, es decir, durante la crisis subsiguiente.

Tercero, y como consecuencia de los dos primeros acontecimientos, el auge provocó una enorme expansión en las importaciones y exportaciones tanto de productos como de capital. Este sistema mundial de comercio y de pagos siguió girando en torno a Gran Bretaña y en este aspecto la economía británica siguió ocupando una posición clave incluso después del decaimiento de su papel industrial. Sin embargo, el auge floreció con particular rapidez debido a dos factores adicionales: una reserva considerable de recursos hasta entonces subutilizados, especialmente la mano de obra que había sido desarraigada pero que estaba disponible para empleos de corta duración, y por otro lado el descubrimiento de vastas provisiones de metales preciosos, oro en su mayoría, en California y Australia, y también plata en Estados Unidos.

Las reservas de mano de obra, aunque reforzadas por una inmigración considerable del agro a la industria y a las ciudades, constituían sólo una pequeña parte del total de reservas disponibles en el mundo. Por razones prácticas durante este periodo, hasta la década de 1880, la única emigración masiva provino de Gran Bretaña, Irlanda y Alemania. Estoy deliberadamente excediéndome en la simplificación pero en general puede decirse que es una afirmación válida. Los metales preciosos, así como la enorme expansión del mercado internacional de productos, cuya producción quizás se quedó un poco atrás de la demanda, ayudaron a crear una moderada inflación en los precios —es el único periodo, entre 1850 y final del siglo, en que los precios no tendieron a bajar—; en suma, no había ninguna presión sobre las ganancias en los negocios. Todo lo contrario. A excepción del empleo, que había logrado grandes mejoras, los trabajadores se beneficiaron bien poco de este auge, pero en general las condiciones en los países desarrollados mejo-

raron después de 1860 y las perspectivas del capitalismo parecían ser prometedoras.

EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX

Como se ha insinuado ya, el gran auge creó sus propios trastornos, que salieron a la luz en el último cuarto del siglo XIX. Pero a reserva de algunas observaciones que haré a continuación, los trastornos no fueron fundamentales, tal como puede verse en retrospectiva. Es por ello que la mayoría de los historiadores económicos en la actualidad muestran mucha renuencia frente a la frase "la Gran Depresión", profusamente usada en la época, y muchos de hecho se niegan a aceptar que realmente haya habido una depresión. Con lo que nos encontramos no es una crisis general del capitalismo, sino un cambio en su interior: de la tecnología del vapor, del hierro y de los limitados conocimientos de química a la electricidad y el petróleo, a las aleaciones de acero y metales no-férreos, a los motores de turbina y de combustión interna; de las pequeñas empresas competitivas a las corporaciones, cárteles y trusts; del libre comercio a la protección y a la repartición del mundo; de una economía industrial a varias economías industriales rivales; en suma, del capitalismo de mediados del siglo XIX al imperialismo o capitalismo monopólico. La expansión en términos de producción y de comercio continuó con mayor rapidez que antes, incluso durante el periodo en que los hombres de negocios se quejaban de la reducción de utilidades y de la tasa de interés. Probablemente la agricultura padeció más que la industria por esta crisis pero incidentalmente la consecuente baja repentina del costo de vida benefició a muchos trabajadores, especialmente en Gran Bretaña.

A fines del siglo XIX este periodo de trastornos parecía haber llegado a su fin. Se anunciaba otra era de expansión a largo plazo y de prosperidad para el capitalismo. Los marxistas, que habían supuesto que la crisis continuaría, quedaron perplejos. La llamada "crisis del marxismo", ligada a los debates que resultaron del intento de Bernstein por revisar a Marx, ocurre casi en el momento en que la crisis del capitalismo da lugar a esta nueva era de expansión alrededor de 1897. Sin embargo, casi al mismo tiempo comienza una nueva fase de discusión sobre el marxismo: la palabra misma "marxismo" surge y comienza la discusión del imperialismo como una nueva fase del desarrollo del capitalismo. A partir de entonces esto se convierte en una parte esencial de las discusiones marxistas, como lo atestiguan los escritos de Lenin de 1916.

DESPUÉS DE 1900

Incluso en un sentido puramente económico, el capitalismo parecía disponer alrededor de 1900 de lo necesario para un futuro largo e imperturbado. Hasta el capitalismo británico, que para estas fechas se encontraba abrumado por una gran cantidad de fábricas y métodos anticuados, rezagándose respecto de los alemanes y norteamericanos, gozaba de los beneficios que le otorgaba haber sido el imperio más grande y apuntar cada vez más hacia el primer lugar en la esfera de las finanzas, de los embarques y del sistema de seguros; y en general de las ventajas de un sistema mundial que descansaba en la libra esterlina. Y en realidad, de las tres zonas principales de conflicto en el seno del sistema capitalista, la que había parecido más peligrosa antes de 1848 ahora parecía bastante manejable. Durante la "Gran Depresión" se desarrollaron sindicatos masivos y movimientos obreros en todos los países industriales, alcanzando un grado sustancial incluso en Estados Unidos. Eran socialistas en su mayoría y sin duda en gran parte marxistas. Pero, aunque estos movimientos de masas marxistas siguieron rindiendo homenaje a la bandera de la revolución, cada vez que sus dirigentes abrían la boca en público, rápidamente se convertían en inofensivos movimientos socialdemócratas. Esto no ocurría, desde luego, en los movimientos ilegales y marginales de los países periféricos y subdesarrollados como Rusia.

Por otro lado, los otros dos tipos de conflicto se fueron tornando cada vez más peligrosos. Las presiones del imperialismo en algunas partes del mundo colonial y semicolonial, incluyendo países en las márgenes del desarrollo capitalista, como la Rusia zarista, se hicieron intolerables. Entre 1905 y 1914 se llegó al punto de ruptura en tres zonas. Primero, las estructuras tradicionales de los imperios precapitalistas del mundo islámico y de Asia se derrumbaron ante la presión de la penetración y la conquista occidentales: la Rusia zarista, en tanto que pertenecía a este grupo, Persia, Turquía y, más significativo que todos, China en 1911.

Segundo, la revolución social de los campesinos y trabajadores estalló en la Rusia zarista, la primera revolución social importante del siglo XX. Y, tercero, en México en

1910 tuvo lugar la primera revolución social antimperialista, en la que los obreros no jugaron un papel significativo debido a que no constituían una parte significativa de la población.

El desarrollo de estos acontecimientos constituye el principio de la era de las revoluciones del siglo XX. Al mismo tiempo las tensiones del sistema estatal condujeron directamente a una época de guerras internacionales sin precedentes desde el siglo XVIII y principios del XIX. La primera de estas guerras, vaticinada e inevitada a pesar de todos los esfuerzos, puso fin a la era de confianza triunfante. Luego de 1914, nada podría volver a ser igual. Después de 1917 una sexta parte de la superficie del mundo se apartó de la economía capitalista y después de la segunda guerra mundial grandes regiones de Europa y de Asia se unieron a ese movimiento. El capitalismo no fue destruido como sistema mundial, pero la primera guerra mundial abrió una era en que los tres principales tipos de conflicto se tornaron por un tiempo aparentemente dominantes e incontrolables. La amenaza de revolución social dominaba la política de la mayoría de los Estados capitalistas altamente desarrollados, aunque el factor operativo a veces no era tanto la realidad de esta amenaza de revolución social cuanto el temor a la revolución en las mentes de una clase gobernante insegura, atemorizada y desmoralizada. Esto fue particularmente cierto en el periodo posterior a la Revolución de Octubre y durante la Gran Depresión. El conflicto internacional se hizo endémico a medida que una segunda guerra mundial de mayores proporciones aún sucedía a la primera después de un intervalo de apenas veinte años de una paz por lo demás bien incierta. Y los grandes imperios en que el mundo se había dividido a fines del siglo XIX ahora estaban viviendo horas extras. Se predecía su fin.

Pero lo que hizo que este periodo se caracterizara por una crisis tan dramática fue el derrumbe de la economía capitalista internacional que había recorrido un trecho sorprendentemente largo por el precio de su dinero —la libra esterlina— hasta 1914. El intento de reconstruir esta economía internacional liberal después de la primera guerra mundial, en los años veinte, fracasó. Por un lado, el pilar de toda la estructura —Gran Bretaña— ya no estaba en posición de soportar el peso: la gran recesión de 1929 a 1933 mostró lo infructuoso de ese intento, y colocó al sistema al borde del colapso real, por un corto tiempo. Para dar un solo ejemplo: en 1938, el comercio mundial era poco más de dos tercios de lo que había sido en 1913, y en 1948 el comercio europeo se encontraba aproximadamente un 15% por debajo de este modesto nivel. No había habido ningún retroceso de este tipo desde principios de la revolución industrial.

El periodo de depresión, flanqueado a ambos lados por una guerra y una revolución, sigue siendo hasta la fecha el único momento en que el futuro del sistema capitalista mundial se vio realmente en peligro. No parecía poco realista usar las palabras del título de un libro de la época: *La crisis final*. Pero, como podemos ver ahora, el peligro inmediato e inminente para el capitalismo no se debió al hecho de que el sistema hubiera llegado al fin de sus posibilidades económica y políticamente, sino que simplemente había llegado al fin de las posibilidades de la estructura internacional del siglo XIX y de las bases de su política. La recesión obligó a país tras país a abandonar esas bases, y Keynes —quien como podrán recordar se propuso salvar más que socavar a la sociedad burguesa— proporcionó el razonamiento teórico más conocido que yacía detrás de ese cambio. En realidad, en todos los países, incluidos los países escandinavos, este cambio tuvo lugar a través de una combinación de experimentos, accidentes y el descubrimiento de que incluso la recesión de 1929 a 1933 terminaba por su propia cuenta, y desde luego, subsecuentemente, a través de la necesidad de una economía de guerra total.

ALGUNOS ERRORES DE LOS MARXISTAS

Lamento decir que los marxistas no han logrado reconocer este cambio, y este fracaso intelectual y político probablemente es el responsable del resurgimiento de una izquierda revolucionaria, a fines de la década de los sesenta, que abandonó el análisis adecuado del capitalismo por un activismo ciego y algunas veces antirracional, o por especulaciones filosóficas generales y sumamente abstractas o por otros enfoques teóricos sencillamente inadecuados. Permítaseme enunciar algunos de nuestros errores, en una forma un tanto autocrítica: nosotros pensábamos que el capitalismo sólo podía recuperarse como parte de los preparativos de guerra. Esto fue un error. El gasto total destinado al armamento en el periodo de posguerra ha sido muy superior al de cualquier otra época anterior. Ésta no es la única razón, y quizás tampoco la principal, por la cual el capitalismo mundial floreció como nunca durante las décadas de los cincuenta

y los sesenta. Pensábamos que la democracia liberal y parlamentaria había llegado a su fin, pero el fascismo y regímenes similares mostraron ser aberraciones temporales, un reflejo de la era de depresión surgida entre las dos guerras, más que el modelo futuro de la política capitalista; y si la palabra fascismo no hubiese perdido todo su significado en la discusión política actual, esto resultaría más evidente.

EL NUEVO GRAN AUGE

Los Estados capitalistas del nuevo gran auge volvieron a alguna variante del parlamentarismo burgués, por cierto más burocratizado y, por así decir, administrado por el Estado. Pensábamos que el capitalismo declinante no sería capaz de competir exitosamente con la emergente economía rival. Pero sucedió lo contrario. El capitalismo superó al socialismo en la producción y hasta comenzó a reinfiltrar y reintegrar a la economía socialista desde fuera, en virtud de su superioridad tecnológica y su mayor riqueza, etcétera. Por lo tanto queda claro que la época de crisis, a pesar de ser muy profunda, no logró asestar el golpe fatal a los fundamentos del capitalismo. Más bien lo que ocurrió fue que el capitalismo abandonó su viejo supuesto de una economía de mercado competitiva y autorreguladora y cambió su estructura de acuerdo con la nueva realidad. En primer lugar, el Estado amplió su función económica en todos los países desarrollados, incluido Estados Unidos, al grado de que planeaba deliberadamente y administraba la economía, incluyendo un enorme sector público y, en ciertos países, hasta una industria ampliamente nacionalizada. En segundo lugar, las economías desarrolladas abandonaron la mano de obra barata y el control del desempleo por el mercado, logrando incidentalmente de ese modo una vasta ampliación del mercado de bienes de consumo. En tercer lugar, la concentración del capital procreó el fenómeno de la corporación transnacional moderna, gigantesca, básicamente autofinanciada e independiente del mercado. Los países desarrollados entraron en una era de capitalismo monopólico de Estado y capitalismo de bienestar en la medida en que el *welfare* esté implícito en el pleno empleo como una política gubernamental importante, que automáticamente mantiene el ingreso de los trabajadores.

No deseo extenderme más en la descripción o análisis de estos cambios de gran alcance; pero quiero señalar que frases tales como "capitalismo de Estado" o "capitalismo monopolista de Estado" oscurecen un aspecto muy importante de esta nueva relación entre el Estado y las grandes corporaciones que constituyen, cada vez más, el "sector privado" en todos los países desarrollados. Las corporaciones necesitan al Estado —me refiero al Estado nacional— y también necesitan romper sus fronteras. Lo necesitan, no sólo para otros propósitos diversos, sino porque controla las condiciones de estabilidad política que hace posible la operación del sistema en el periodo posterior a 1930, es decir, el pleno empleo y la seguridad social. Estas condiciones dependen de un nivel de gastos estatales siempre ascendente. En Estados Unidos, por ejemplo, ha ascendido de aproximadamente un 24% del PNB en 1948 a cerca del 32% en 1969. Y cada vez que decrece, el desempleo crece.

Pero al mismo tiempo, las operaciones de las corporaciones se tornan cada vez más transnacionales, cualquiera que sea su base local (que en la mayoría de los casos es Estados Unidos), y por lo tanto entran en cierta medida en conflicto con los intereses de la política económica de los Estados nacionales; un ejemplo es la balanza de pagos. El hecho de que Estados Unidos haya registrado un enorme déficit durante muchos años —en la década de los cincuenta y de los sesenta—, que acabó por minar la posición del dólar, tuvo una repercusión considerablemente negativa para el gobierno de Estados Unidos, pero indudablemente significó una ventaja para las corporaciones transnacionales norteamericanas que utilizaron este hecho para comprar su entrada e introducirse en las economías extranjeras. Por lo tanto, incidentalmente, la economía internacional de posguerra no ha sido en términos generales una economía de mero mercantilismo, como ciertos keynesianos lo habían previsto, sino una especie de restauración del libre comercio y la libre inversión en beneficio de lo que es ahora, podría decirse, el elemento dinámico principal de la economía capitalista: las grandes empresas transnacionales.

Con esta restructuración del capitalismo, su recuperación se vio facilitada por la gran reserva de recursos no utilizados, la capacidad industrial y la mano de obra disponible al final de la guerra, y por el desnivel que había crecido durante el periodo de crisis económica entre la creciente capacidad de producción y el estancamiento del comercio mundial. También fue posible en virtud de la reconstrucción sistemática —en la cual Keynes también ocupó un papel principal— de un sistema internacional de comercio de pagos en los años inmediatos de posguerra. Como ya lo he

mencionado antes, este sistema en ciertos aspectos significó un retorno al orden que reinaba a mediados del siglo XIX, sólo que descansaba en un monopolio mundial estadounidense en vez de británico y en el dólar en vez de la libra esterlina. Pero la expansión sin precedentes del capitalismo no pudo haber ocurrido sin los importantes cambios que tuvieron lugar a nivel de los medios de producción, de la misma manera que las expansiones anteriores habían tenido lugar no simplemente por el mero ensanchamiento del mercado y por los cambios en la estructura sino también por los cambios en los medios de producción: cambios comparables al algodón en la primera revolución industrial, a los ferrocarriles y el hierro a mediados del siglo XIX, a la nueva tecnología de principios del siglo XX, de la cual hice un bosquejo en párrafos anteriores.

TRES FACTORES CLAVES

Quisiera sugerir tres cambios de este tipo, no necesariamente por orden de importancia. Primero, además de la generalización del motor de combustión interna y la extensión del auto que de un fenómeno virtualmente norteamericano pasó a ser un fenómeno mundial, se dieron también las consecuencias de la revolución tecnológica —en el campo de los bienes de consumo ligeros— de la electrónica y de los plásticos. A propósito, la mayoría de éstos, como la mayoría de las revoluciones tecnológicas que redituaron en los últimos periodos de auge, se produjeron durante el periodo entre las dos guerras, o cuando menos durante el periodo de crisis.

La revolución tecnológica en los bienes de consumo ligeros, en la electrónica y en los plásticos, creó gran cantidad de nuevos bienes de consumo, abaratándolos crecientemente. Puede observarse que entre los pocos productos que siguen abaratándose, incluso en el periodo de inflación, se cuentan los televisores de color. Si tomamos un país como Japón, la sociedad de consumo se basa mucho menos en el auto que en la cámara y el televisor. Eso fue un desarrollo de la década de los cincuenta y de los sesenta.

Segundo, hay algo que quizás hizo posible lo que acabo de describir, un desarrollo realmente sin precedentes —cuando menos a esta escala—: un enorme proceso masivo de urbanización y suburbanización, la evacuación del campo. En los años cincuenta, y particularmente en los sesenta, por primera vez en Europa central y occidental, la vieja predicción —no sólo marxista— de la desaparición del campesino pareció cobrar realidad; desaparecieron en el sentido físico; gran cantidad de aldeas quedaron vacías en Inglaterra, Gales, Escocia y la parte central de Francia, y empezaron a ser colonizadas por gente como la mayoría de nosotros, o por sus padres, como segundas casas. Este fenómeno no se limita necesariamente a los países desarrollados; la urbanización y suburbanización, la consecuente construcción de caminos y todo lo demás, también ocurrió en los países de la periferia e incluso en muchos de los países subdesarrollados, especialmente en regiones como América Latina.

Tercero, considero que tenemos la explotación sistemática, otra vez en una escala sin precedentes, de energía ultra barata. Ésta no era energía desconocida previamente, porque, después de todo, el petróleo había tenido su importancia en el pasado. Sin embargo, ahora la explotación de petróleo tiene una escala sencillamente sin precedente, particularmente después de los últimos años de la década de los cincuenta. Las fuentes alternativas de energía han sido casi abandonadas (minas de carbón clausuradas en todas partes, por ejemplo) con el fin de utilizar los beneficios y las ventajas de esta bonanza de petróleo ultra barato. Sin embargo, también podemos señalar que el capitalismo empezó a provocar dos cosas, una vieja y una nueva: primero, a diferencia de los periodos entre las dos guerras, dependió de nuevo en una gran medida de la mano de obra inmigrante. Ya no existían las grandes reservas en los países capitalistas centrales que gozaron del pleno empleo y donde la única fuerza de trabajo no utilizada era la de las mujeres casadas; el porcentaje de mujeres casadas con empleo subió en forma dramática. Una vez más, no había precedente para el ascenso en el empleo de las mujeres en este periodo de posguerra. Ahora nos encontramos con inmigración —especialmente controlada en algunos casos— en Europa, de lugares tan lejanos como Turquía o Siria, para no hablar de Asia y las Indias Occidentales. Pero también nos encontramos ante un nuevo fenómeno: la exportación de la fábrica e industria a las zonas donde se encuentra la reserva de mano de obra barata, a lugares como Corea del Sur, Taiwán y Singapur. En los últimos diez años tales transferencias se han llevado a cabo en gran escala, ciertamente en industrias como la electrónica y las cámaras fotográficas. En suma, la explotación del mundo subdesarrollado, tanto en mano de obra como en materias primas, por parte del mundo desarrollado, contribuyó en

gran medida —y algunos alegarán que de manera fundamental— al gran auge de los años cincuenta y sesenta.

Durante esta edad de oro del capitalismo podemos señalar que dos de los tres conflictos principales que he mencionado dejaron de ser agudos, cuando menos durante este periodo. Después de varios años de confrontación, Estados Unidos y la URSS desarrollaron un modus vivendi estable y, a pesar de sangrientas guerras locales, la probabilidad de un conflicto mundial parece haberse alejado durante algún tiempo. En forma similar, los movimientos de la clase trabajadora en los países desarrollados, gobernados ya sea por la social democracia o por marxistas, también establecieron —no les quedaba otra— un modus vivendi con el sistema existente, al que exprimieron en aras de mejores salarios y mejores condiciones que el sistema, en este momento, estaba en perfectas condiciones de otorgar. Al mismo tiempo, debe señalarse que este conflicto particular se complicó y se transformó debido a una nueva tendencia. El volumen real de la clase trabajadora industrial tendía a disminuir con el crecimiento de las industrias terciarias y de otros grupos que, a pesar de ser de alguna manera trabajadores asalariados, no eran miembros de la clase obrera manual ni estaban organizados de la misma manera, aunque llegaron a integrarse cada vez más a los movimientos laborales, al menos como miembros de sindicatos.

La única llama que siguió encendida fue la de la tensión entre los países industriales y los subdesarrollados, debido al creciente abismo entre los dos y a la función explotadora durante el auge mundial. Pero una vez más, salvo algunas excepciones como Cuba y Vietnam, no podemos considerar este conflicto como realmente incontrolable en el periodo comprendido entre 1950 y 1973.

CONTRADICCIONES INTERNAS

No me compete a mí analizar las contradicciones internas que llevaron a esta edad de oro a su fin, aunque de pasada señalaré tres: primero, Estados Unidos fue incapaz de mantener su abrumadora supremacía económica y política y consecuentemente no pudo mantener el dólar en su posición de base del sistema monetario internacional. Ese sistema, desde 1968, está visiblemente a punto de derrumbarse. El resurgimiento o el ascenso de otras economías capitalistas, especialmente de la Comunidad Económica Europea y la del Japón, coloca a Estados Unidos hoy día, respecto a ellos, en una relación similar a la que Gran Bretaña sostuvo con Alemania y Estados Unidos desde fines del siglo XIX. Ya ha dejado de tener validez considerar a Estados Unidos como la potencia abrumadoramente dominante, ni siquiera como la nación tecnológicamente dominante. De acuerdo con ciertos cálculos, hoy día el PNB de Alemania Occidental es superior al de Estados Unidos. Que sea verdad o no es cosa aparte, lo importante es que estamos de nuevo ante una situación de oligopolio internacional mientras que a principios de los años cincuenta Estados Unidos ejercía el dominio indiscutible sobre su riqueza y su capacidad productiva. La rivalidad y las tensiones internacionales por lo tanto han vuelto a cobrar vida a medida que la hegemonía norteamericana declina.

Segundo, ahora resulta evidente el hecho de que el capitalismo pueda elegir entre el desempleo y la inflación. Sin embargo, mientras que un grado moderado de inflación puede ser benéfico para los negocios, un exceso produce considerables trastornos sociales, económicos y políticos, como bien lo sabemos. Más aún, es posible que la estructura del capitalismo haya cambiado de tal manera que el control de la inflación por medio del desempleo y viceversa se dificulte cada vez más. O más bien se necesitaría un volumen incalculablemente mayor de desempleo para controlar la inflación y viceversa. Este tema no ha sido adecuadamente analizado nunca porque el asunto de la naturaleza de la economía actual siempre ha dejado a los economistas en un estado de perplejidad, incluyendo a los economistas marxistas.

Y tercero, los países hoy políticamente independientes, que se sustentaban meramente en las materias primas, descubrieron cómo invertir los papeles con relación al mundo industrial: usando el monopolio ellos mismos, como ocurrió en la crisis del petróleo. En suma, la era en que las corporaciones capitalistas podían operar a voluntad en un tercer mundo de recursos baratos estaba destinado a terminar. Y terminó.

EL PERIODO ACTUAL

Estamos una vez más al término de una empresa de expansión capitalista. No digo que del capitalismo, ya que, hablando otra vez en términos puramente económicos y técnicos, el sistema no ha agotado sus posibilidades. Por ejemplo, podría fácilmente prolongar el método de exportar la industrialización al mundo subdesarrollado, lo cual ya ha empezado a hacer, con lo que de nuevo adquiriría una muy extensa

mano de obra barata durante algún tiempo. Puede, y seguramente lo hará, invertir masivamente en busca de nuevas fuentes de energía, nuclear y de otro tipo, y un programa semejante de inversión masiva bien podría aún abrir paso a otra fase de rápido desarrollo. Sus debilidades inmediatas son una combinación del factor económico y del político, y su vulnerabilidad estriba en esta combinación y no en la insolubilidad de cualquier dificultad económica tomada aisladamente. De esta manera, se ha impedido o coartado la reconstrucción del sistema monetario internacional —y esto ha ocurrido en los últimos cuatro años— esencialmente debuido a fricciones políticas existentes entre Estados Unidos y los países europeos por un lado, y los países socialistas y del tercer mundo, por otro, ya que estos últimos también tienen sus propios intereses en el asunto. Estados Unidos ya no ocupa la misma posición predominante de finales de la guerra para imponer sus propias soluciones.

Nadie es capaz de imponer una solución en una situación de tensión entre grupos rivales. Podemos suponer que incluso en el caso de que el control de la inflación por medio del empleo fuera técnicamente posible, lo cual ya he señalado como incierto, un retorno a un desempleo masivo comparable al del periodo de entre las dos guerras, simplemente no es viable políticamente, tanto porque los gobiernos de los países industriales temen las consecuencias políticas, cuanto porque la fuerza de los movimientos laborales organizados en varios de estos países hace sumamente difícil, si no imposible, la consecución de ese mismo cauce. Si el desempleo masivo vuelve a ocurrir, no será el resultado de una política sino el derrumbamiento de esa política. El declinamiento de Estados Unidos, que ha permitido una mayor libertad de acción en los países pequeños, combinado con una atmósfera general de temor y descontento —por cierto también dentro del mismo Estados Unidos—, ha conducido a una situación internacional mucho más explosiva o potencialmente explosiva de la cual podrían surgir mayores conflictos internacionales. La guerra de Vietnam fue terrible, pero nadie supuso seriamente que podría alcanzar las dimensiones de una conflagración mundial por más de un momento. Por otro lado, la situación del Medio Oriente, particularmente hoy y durante los dos últimos años, es de una naturaleza tal que bien podría convertirse en una crisis mundial a la cual fueran empujadas las grandes potencias y de la cual quizás no encontrarían manera de escapar. En ese sentido, una vez más, un periodo de dificultades económicas y un periodo de tensiones políticas internacionales se combinan y coinciden.

Queda, sin embargo, un problema de capital importancia que se intensifica cada vez más: el abismo creciente entre el mundo industrial y el subdesarrollado, gran parte del cual permaneció al borde del desastre incluso durante los mejores años de la edad de oro. Esto se debió en gran medida a que no se habían dado revoluciones sociales; y gran parte de este sector quizás se encuentre a punto de regresar otra vez a una época de hambre más que a una de pobreza. Las revoluciones más recientes —no sabemos si son las primicias de una nueva cosecha o simplemente casos aislados— han surgido de esta situación tercermundista. Los cambios en Portugal surgieron de una rebelión anticolonial, y la revolución en Etiopía surgió directamente —cuando menos parece haber recibido estímulos directos— de la experiencia de la hambruna en ese país. Hasta ahora sigue siendo válido afirmar que el capitalismo es más vulnerable en sus márgenes todavía, aunque no en todos. Hay una zona de la tierra en particular para la cual el gran auge no ha representado ninguna ganancia ni progreso: la zona del sur de Asia, donde ochocientos millones de gente vive en condiciones que han sido poco alteradas por los últimos veinte o veinticinco años de expansión económica y de progreso tecnológico. En cierto sentido, éste es el punto verdaderamente vulnerable del mundo y el lugar donde puede encenderse la chispa que comenzará la tragedia mundial, si es que ha de comenzar.

¿De qué manera he de terminar esta exposición histórica? Marx mostró que la contradicción básica del sistema se encontraba entre la naturaleza social de la producción y la apropiación privada. El capitalismo llegó lo más lejos que pudo a través de la empresa privada no sujeta a ningún control, hasta fines del siglo XIX. A partir de entonces, entró en una severa crisis. Salió de ella sólo transformándose en capitalismo monopólico de Estado, manejado y dirigido, es decir, involucrando cuanta organización social fuera compatible con el sistema, y eliminando una gran cantidad de los elementos de la competencia y de la economía de mercado. Sin embargo, la contradicción prevaleció. Prevaleció en el interior de los países y, sobre todo, a una escala mundial. Obviamente no es imposible para el capitalismo seguir transitando por el camino de la organización social y de la planificación de la producción, pero mientras siga siendo capitalismo debe haber ciertos límites para este pro-

ceso, aunque actualmente sería poco sensato hacer una declaración definitiva sobre las características de estos límites. La principal fuerza del sistema evidentemente ha descansado en la impresionante viabilidad y estabilidad y, sobre todo, en la capacidad de recuperación de una sólida capa de las viejas economías industrializadas: Europa central y occidental, Estados Unidos y Japón. No subestimemos los golpes que algunas de éstas han sufrido: guerras, recesiones, etcétera, y de las cuales hasta ahora todas se han recuperado salvo una o dos excepciones entre las cuales se cuenta Estados Unidos. Su debilidad principal, como lo he señalado ya, se encuentra en los países periféricos, como lo fue alguna vez la Rusia zarista, y en su relación con el mundo subdesarrollado. Sin embargo, las separaciones o rupturas del capitalismo mundial tales como las que han ocurrido hasta ahora no han destruido el dominio general de la economía capitalista a escala mundial. Su vulnerabilidad principal se ha dado en la combinación de las dificultades económicas con los conflictos políticos internos e internacionales. Todos ellos han tenido una tendencia —quizás creciente— a combinarse durante las bajas periódicas de los largos ciclos alternos y en los puntos críticos y decisivos entre estos periodos de largo plazo que describí al principio de esta charla.

[Conferencia publicada en *Socialist Revolution*, n. 30, San Francisco, octubre-diciembre de 1976. Traducción: Fernanda Navarro.]